

DESARROLLO POR RECETA*

La trayectoria de gran parte del África subsahariana en los últimos treinta años ha sido un reproche permanente para los defensores del mercado libre y del Consenso de Washington. Las sucesivas oleadas de programas de ajuste estructural, de mediación internacional en los conflictos, de seguimiento de la buena gobernanza, unidas a los empeños de numerosas ONG financiadas por Occidente, parecen no haber hecho nada para detener la crisis rural, los conflictos étnicos y el florecimiento de ciudades de chabolas. A ojos de muchos críticos, simplemente han exacerbado la situación. Junto a las empobrecidas narcoeconomías de América Central, las arruinadas repúblicas ex soviéticas y las florecientes ciudades miseria en El Cairo, Calcuta o Yakarta, el África subsahariana es el lugar donde la globalización ha amontonado de manera más visible miseria e indignancia, del mismo modo que ha acumulado en Manhattan o Mayfair una riqueza nunca soñada.

Los trabajos de divulgación de Paul Collier —el primero *The Bottom Billion* y ahora *Wars, Guns and Votes*— son una enérgica réplica a estas opiniones. Collier es un antiguo director de Investigación del Desarrollo del Banco Mundial y actualmente dirige en Oxford el Centro de Estudios de las Economías Africanas. Sus equipos de investigación hacen uso de las técnicas econométricas más avanzadas para identificar los factores que provocan que los Estados «fracasen», así como las políticas que podrían hacerles tener éxito. Sus diagnósticos se basan en sofisticados análisis estadísticos de un amplio abanico de series de datos, y sus propuestas políticas se presentan como deducciones lógicas de ellos. Realiza algunas incisivas críticas de las prácticas del Banco Mundial y del FMI, por encima de todo su clara fetichización de las elecciones unida a una retirada demasiado rápida de las situaciones posconflicto. Es implacable en sus ataques a la codicia y corrupción de los «villanos» locales, que han arruinado el desarrollo de los países más pobres de África y de otras partes, y

* Paul Collier, *Wars, Guns and Votes. Democracy in Dangerous Places*, Londres, Bodley Head, 2009, 255 pp.; y *The Bottom Billion. Why the Poorest Countries are Failing and What Can Be Done About It*, Oxford, Oxford University Press, 2007, 205 pp. led. cast.: *El club de la miseria: qué falla en los países mas pobres del mundo*, Madrid, Turner, 2007].

todavía más implacable con los críticos occidentales del libre comercio. Christian Aid, claramente «infiltrada por marxistas», sufre una arremetida especial en *The Bottom Billion*. Por otro lado, hay una genuina cordialidad en su alabanza de los pocos «héroes» —generalmente ministros de Hacienda y responsables de bancos centrales educados en Estados Unidos, como los nigerianos Ngozi Okonjo Iweala y Charles Soludo o el ghanés Kwesi Botchwey— que han seguido sendas de responsabilidad en la «reforma económica». Sus libros pretenden ganar apoyo popular para las técnicas econométricas aplicadas a problemas tan espinosos como la pobreza mundial o los conflictos endémicos, así como a sus soluciones políticas preferidas. *The Bottom Billion* explica que la evidencia estadística se utilizará para «hacer pedazos» imágenes estereotipadas de «rebeldes nobles, niños hambrientos, empresas sin corazón o políticos deshonestos». A lo largo de su exposición, Collier espera que el lector se haga una «idea de cómo se realiza la investigación moderna y de la emoción que produce resolver problemas tan espinosos».

La espectacular expansión de técnicas econométricas y modelos cuantitativos ha sido una de las tendencias más significativas entre las ciencias sociales desde la década de 1990. Elaborados originalmente dentro del marco de la elección-racional de la economía neoclásica estadounidense, los modelos matemáticos de análisis del riesgo o de la teoría de juegos se han extendido ahora a terrenos «políticos» como el conflicto militar, las formas del Estado y las identidades etnolingüísticas. La disciplina resultante —en parte economía, en parte estadística y en parte ciencia política cuantitativa— desempeña ahora un papel primordial no sólo en los estudios académicos, sino también en la formulación de opciones políticas para instituciones globales. El denso follaje de ecuaciones algebraicas que rodea a los estudios econométricos, les asegura normalmente un lector muy especializado. En el pasado, el trabajo de Collier sobre la guerra civil produjo resultados como $U_w = p(D).T;M;C$, donde la utilidad de elegir la rebelión (U_w) es una función de la probabilidad de victoria (P), las ganancias de los rebeldes con la victoria (T), las posibilidades del gasto de defensa del gobierno (D), la duración prevista del conflicto (M) y los costes de coordinación que supone movilizar la rebelión (C). Por el contrario, *Bottom Billion* y *Wars, Guns and Votes* son lecturas amenas, salpicadas de anécdotas que mantienen el algebra y las series de datos fuera de la vista, aunque se haga constante referencia a ellos.

Entre los críticos de la economía neoclásica, las aproximaciones econométricas a materias como la guerra civil y la descomposición social tienden a provocar un conjunto de objeciones casi viscerales. En primer lugar, la expresión de estructuras y motivaciones complejas e históricamente producidas por medio de sistemas binarios de cálculo de elección racional individual —¿ganaré o perderé rebelándome contra el gobierno?— está condenada por su extremo reduccionismo económico. En segundo, a menudo se acusa a la econometría de corroborar simplemente lo que los datos que presenta ya han mostrado. Ésta fue, por supuesto, una acusación

lanzada contra el primer trabajo de Collier, un estudio de 1986 sobre las zonas rurales *ujamaa* de Tanzania, con cifras muy elaboradas de una serie de datos de encuestas en los núcleos rurales que señalaban que las diferencias de ingresos en el seno de éstos eran mayores que las diferencias entre los mismos. La conclusión ya había sido confirmada por un sofisticado cuerpo de trabajo empírico, que también había señalado la existencia de unas diferenciaciones de clase rurales previas a la *ujamaa*. Collier y sus colaboradores simplemente sobrescribieron esta investigación en nombre de métodos estadísticos «rigurosos». Una tercera acusación es la de la causalidad opaca: los análisis estadísticos de riesgo muestran típicamente correlaciones entre, por ejemplo, un resultado económico pobre y la posibilidad de guerra civil, pero en sí mismos no pueden decir si el atraso económico está exacerbando las tensiones sociales o si las tensiones están produciendo el atraso de la economía, retrasando la inversión, por ejemplo.

Hay buenas razones para suscribir todas estas objeciones. Sin embargo, se puede replicar que cualquier modelo requiere alguna forma de reducción, mientras que la transformación de datos sociales y económicos en series cuantificables y comparables puede revelar modelos sorprendentes, que pueden generar nuevas preguntas y perspectivas con resultados imprevistos o consecuencias no intencionadas; por ejemplo, las correlaciones entre la educación de las niñas y la caída de los índices de natalidad, o entre el desempleo rural y la guerra civil. En cuanto a los problemas de la causalidad, cada vez más los modelos sofisticados han sido capaces de introducir controles para ella. Este trabajo merece recibir un examen crítico serio no sólo por su abrumadora primacía en la investigación del desarrollo y en el diseño de políticas, sino porque los problemas que aborda son realmente recalcitrantes. En el África subsahariana, por ejemplo, el PIB per cápita y los índices de sanidad, mortalidad y analfabetismo se han deteriorado significativamente en las décadas pasadas; más de un tercio de la población está clasificada como desnutrida y en algunas regiones las guerras civiles, con las violaciones masivas y los desplazamientos de población que las acompañan, parecen casi endémicas. Sería tonto pretender que las soluciones a estos problemas sean obvias. Las propuestas bien fundamentadas sobre diagnósticos y remedios deberían considerarse por sus méritos.

La premisa fundamental de *The Bottom Billion* es que la forma del desarrollo capitalista mundial ha sufrido un cambio radical desde la década de 1980. Collier sostiene que, durante cuarenta años, el «desafío del desarrollo» había consistido en «un mundo rico de 1.000 millones de personas frente a un mundo pobre de 5.000 millones». Éste ya no es el caso: «La mayor parte de los 5.000 millones, alrededor del 80 por 100, vive en países que realmente se están desarrollando, a menudo a una velocidad asombrosa. El verdadero desafío del desarrollo es que hay un grupo de países al final de la cola que están quedándose atrás, y a menudo quedándose aparte». Como resultado, «debemos aprender a dar la vuelta a los números habituales: un total de 5.000 millones que ya han alcanzado la prosperidad,

o por lo menos están en camino de alcanzarla, y 1.000 millones que están atascados en la cola». ¿Por qué esta desafortunada sexta parte de la humanidad no se beneficia de las condiciones económicas que están produciendo prosperidad en todas partes? Según Collier, los 58 Estados en los que viven los «1.000 millones de la cola» han quedado «atascados» en lo que Jeffrey Sachs ha denominado «las trampas del desarrollo» que dificultan el crecimiento económico. Collier procede a definir cuatro de esas trampas —conflicto endémico, dependencia de los recursos naturales, falta de acceso al mar y la «mala gobernanza»— y utiliza los resultados de los análisis estadísticos de su equipo para calcular cómo las interrelaciones de estos y otros factores más (tamaño de la población, niveles de educación, heterogeneidad étnica, sistemas políticos, presupuestos militares, índices de crecimiento del PIB) pueden mitigar o exacerbar las posibilidades de un país.

Collier se propone «explicar la trampa del conflicto» —la propensión de los países pobres a sufrir guerras civiles o golpes militares— desde el punto de vista «estadístico», recurriendo a la base de datos «Correlaciones de la Guerra» de la Universidad de Michigan. Su equipo encontró tres variables asociadas a la guerra civil: un PIB per cápita inferior a 2.700 dólares, un índice de crecimiento lento y una dependencia de las materias primas, como el petróleo o los diamantes. Por el contrario, ni la opresión étnica ni la desigualdad se correlacionan estadísticamente con la guerra civil, aunque el «dominio étnico» puede hacerlo en ocasiones. Así, en cuanto al índice de crecimiento, Collier calcula que el riesgo «típico» de una guerra civil, 14 por 100, cae hasta el 11 por 100 si la economía crece un 3 por 100. En contraste, analiza la «trampa de los recursos naturales» en términos de factores políticos. El equipo de Collier llega a la conclusión de que las democracias recientemente establecidas con recursos naturales crecerán más despacio, ya que los políticos utilizarán los recursos inesperados para comprar votos en lugar de para realizar inversiones. Sin embargo, si hay suficientes controles y contrapesos para penalizar el clientelismo y la corrupción, el índice de crecimiento es mayor. Claramente, Botsuana es el brillante ejemplo de esta combinación de factores.

La tercera trampa es carecer de acceso al mar y estar rodeado por «malos vecinos» —Estados con una administración precaria y con infraestructuras de transporte colapsadas— que impiden que el país atrapado pueda colocar sus productos en los mercados mundiales. Los malos vecinos también demuestran ser mercados pobres para los bienes del país encerrado, limitando el «efecto de arrastre» del crecimiento. Collier sostiene que estos efectos pueden ser cuantificados con exactitud: por cada 1 por 100 de crecimiento del vecino, el país crecerá un 0,4 por 100, pero el efecto beneficioso sube hasta el 0,7 por 100 si carece de acceso al mar y al 0,9 por 100 si además es un país africano. Finalmente, está la trampa de la «mala gobernanza», abordada de nuevo en términos de resultados económicos. Aquí hay razones para acusar al equipo de Collier de descubrir lo evidente: que un cambio de rumbo económico es más probable que sea soste-

nido en un país con mayores ingresos y con una población mayor y mejor educada. Menos evidentes quizá son los hallazgos de que el crecimiento es menos probable que sea sostenido si el presidente del país lleva mucho tiempo en el cargo, si los términos comerciales se han vuelto favorables o si el país acaba de salir de una guerra civil. La última variable sugiere a Collier que la situación posterior al conflicto es habitualmente «fluida» y presenta oportunidades concretas para dirigir la ayuda y las intervenciones.

Después de determinar por estos medios un conjunto de instancias en las que la intervención exterior puede luchar contra las amenazas para la paz y el desarrollo, Collier las correlaciona con los instrumentos de política internacional disponibles para producir una «agenda para la acción». Su principal recomendación política es a favor de una sostenida presencia militar del G-8 o de las fuerzas de la «comunidad internacional» para asegurar que las «frágiles situaciones posteriores a los conflictos» no reviertan en guerra. «Podríamos pensar que la paz debería ser una lucha librada por los ciudadanos del propio país», pero «la evidencia» (que no se cita) «está en contra de semejantes soluciones internas»: «romper la trampa del conflicto y la trampa del golpe de Estado no son tareas que estas sociedades puedan llevar a cabo fácilmente por sí mismas». Se necesita un compromiso militar a largo plazo, por lo menos de una década. Cita la intervención británica en 2002 en Sierra Leona como el modelo de una sostenida presencia militar que ayuda a la reconstrucción de la infraestructura económica y social. En *The Bottom Billion*, el equipo de Collier pone un precio de 64 mil millones de dólares a una guerra civil típica, y así se la arregla para demostrar que los beneficios de la intervención militar en Sierra Leona fueron treinta veces superiores a los gastos que supuso, ya que incluyen los 64 mil millones de dólares que habría supuesto la reversión hacia una guerra civil. La ayuda debería estar sujeta a condicionamientos: por ejemplo, supeditada a la buena gobernanza; en general, los servicios técnicos proporcionados por especialistas del exterior producirán mejores resultados que los intentos de desarrollo locales. La política económica debería estar orientada hacia el crecimiento —eso significa zonas económicas especiales—, que a su vez atraerá flujos de inversión garantizados por la seguridad de la situación. Collier defiende un conjunto de leyes y cartas internacionales que reducirían la corrupción mediante normas acordadas para la vida política y comercial, ayudadas por la presión de la sociedad civil. Finalmente, sugiere que los países ricos deberían levantar todas las barreras comerciales a las exportaciones de los países que forman los «1.000 millones del vagón de cola», mientras que deben mantener las actuales tarifas para Asia, de manera que los países de África puedan poner un pie en los mercados mundiales.

En resumen, la agenda de Collier se deduce de los instrumentos que elige: una presencia militar externa, estándares internacionales, mejores comunicaciones para los países sin salida al exterior, ayuda a la exportación, apoyo a los «reformadores» valerosos, mejor coordinación política entre los «países donantes» y un claro objetivo sobre los «1.000 millones del va-

gón de cola» en vez de sobre los cinco sextos que los anteceden. Con su vehemente combinación de buen hacer y dinamismo, *The Bottom Billion* ha sido adoptado –como nos señala Collier en el epílogo de la edición en rústica– por los «grandes y los buenos» de todo el mundo: Ban Ki-Moon, Robert Zoellick, Dominique Strauss-Kahn, Peter Mandelson, Bono, Bob Geldof. Las ONG están entusiasmadas con su recomendación sobre estándares internacionales voluntarios para la extracción de recursos; el secretario general de la ONU está interesado en sus directrices sobre los periodos posteriores a los conflictos. Las propuestas de Collier se reiteran y amplían en su último libro, *Wars, Guns and Votes*, que se centra directamente en la cuestión de la democracia: ¿están preparados para ella los 1.000 millones del vagón de cola? En principio, Collier da la bienvenida al desarrollo de la representación electoral en África y otras partes desde el fin de la Guerra Fría, pero advierte que, con demasiada frecuencia, en situaciones posteriores a un conflicto «las elecciones son la señal para que se vayan los guardianes de la paz», con el resultado de que aumenta el riesgo de reversión a la división étnica, la rebelión y la guerra civil. Los modelos estadísticos de su equipo recurren a los datos de Polity IV y del Banco Mundial para mostrar que en los países pobres la democracia conduce a un aumento de la violencia política, vagamente definida como «asesinatos, disturbios, huelgas políticas, actividad guerrillera y guerra civil». Como evidencia empírica, Collier señala las elecciones en Kenia y Nigeria de 2007, así como el referéndum de Zimbabue del mismo año.

El principal problema es la división étnica. Aquí Collier matiza su anterior aproximación de corte racional a la democracia, en virtud de la cual el electorado se veía como tantos millones de *homines economici*: en las sociedades étnicamente heterogéneas es probable que esto quede falsificado por el «voto expresivo» basado en la identidad étnica, que produce bloques de voto «congelados». Si este análisis es correcto, tiene «enormes implicaciones», ya que «toda la aproximación moderna hacia los Estados fallidos se ha basado en la premisa de que serían rescatados por medio de elecciones democráticas». Si las sociedades que forman los «1.000 millones del vagón de cola» carecen de la seguridad y la responsabilidad necesarias para que florezca la democracia, entonces somos «nosotros» –ahora el G-8 ha quedado marginado en favor de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, que se suponen de mayor confianza– los que debemos proporcionárselas. Consciente de que el mundo rico puede mostrarse reacio a nuevas ocupaciones militares después de Afganistán e Iraq, Collier propone que una amenaza armada creíble –como la ofrecida por las garantías británicas en Sierra Leona o la «protección» francesa de sus ex colonias– puede ser suficiente. África solamente necesita proporcionar amplias bases militares para la nueva fuerza de intervención. En otro ajuste, *Wars, Guns and Votes* atribuye un coste de 20 mil millones de dólares a las guerras civiles, una sustancial e inexplicada rebaja desde los 64 mil millones de *The Bottom Billion*, pero que todavía asegura un resultado positivo de la relación coste-beneficio de una intervención internacional. El nuevo libro también adopta una perspectiva mucho más benigna sobre los golpes militares:

ahora no se los considera como instancias de violencia política, sino como potencialmente útiles mientras a los generales se les pueda dar suficiente «orientación» sobre las políticas económicas. Collier sugiere que Zimbabue puede ser un caso adecuado para este planteamiento.

¿Qué deberíamos hacer con la afirmación de Collier de que sus propuestas están basadas en el «rigor» académico y estadístico? El problema empieza con el concepto de «1.000 millones del vagón de cola». En estos libros hay un constante patinaje entre el Estado-nación, la unidad de análisis primaria y los individuos como una parte de la población global. Dentro de los propios Estados-nación no hay ninguna consideración coherente de las diferenciaciones sociales, más allá del omnipresente llamamiento a la «etnicidad» y la ocasional y pasajera mención de las «elites que buscan la obtención de rentas». Tampoco se ofrece ninguna evidencia de una de sus premisas fundacionales, la de que los otros miles de millones están «en el camino» de la prosperidad. No está nada claro que ése sea el caso de los 500 millones de indios que viven con menos del poder adquisitivo equivalente a 1,25 dólares diarios, por ejemplo. De nuevo, si tomamos la cifra de Collier de un PIB per cápita de 2.700 dólares como el umbral para que un país entre en un virtuoso ciclo de desarrollo, entonces cerca de 3.000 millones quedan fuera de él. Tanto a escala local como mundial, la acumulación de capital crea sistemáticamente grandes cantidades de gente situada «a la cola»: en el Reino Unido, el 14 por 100 de la población y, en Estados Unidos, el 12 por 100 viven por debajo del umbral de pobreza de su país. En *The Bottom Billion*, Collier se muestra evasivo a la hora de nombrar los 58 Estados que considera «atrapados», con el argumento de que «estigmatizar un país tiende a crear una profecía de autocumplimiento»; en su lugar, se refiere a ellos como «África+», quizá porque los países africanos están acostumbrados a ser estigmatizados. *Wars, Guns and Votes* prescinde de estos escrúpulos y proporciona una lista alfabética que incluye a gran parte del África subsahariana, a las repúblicas ex soviéticas de Asia central, a Laos, Camboya, Myanmar y unos cuantos reinos del Himalaya e islas empobrecidas, añadiendo las rarezas de Bolivia, Yemen y Corea del Norte. Las inmensas discrepancias en cuanto a experiencia histórica y formación político-económica entre estos Estados hablan por sí mismas.

Respecto al análisis estadístico, es tan bueno como los datos utilizados y los modelos que estén siendo examinados. Collier y sus colegas toman el crecimiento del PIB como una medida estándar, pero las cifras de producción y de crecimiento de África se sabe que son precarias, especialmente para países en conflicto y en lo que se refiere a comparaciones transnacionales, donde tiene que calcularse el poder adquisitivo diferencial. Los coeficientes de Gini son incluso más aproximados. Las medidas de Collier sobre «la buena gobernanza» se basan en la puntuaciones elaboradas por el proyecto Polity IV —que van desde -10 para una monarquía hereditaria hasta +10 para una democracia— o en el índice sobre Políticas de los Países y Evaluación Institucional que publica el Banco Mundial, cuyas calificaciones sobre «gestión económica», «estructuras políticas», etc., las

otorga anualmente el propio personal del Banco. Ambos adolecen de los defectos de la «opinión de los expertos» y pueden estar sometidos a un sesgo en la selección de los factores o en su valoración cuando se combinan para producir la puntuación de un solo país. Así, por ejemplo, los Estados de partido único en África han variado en sus niveles de democracia, libertad de asociación y de prensa; sería completamente equivocado equipararlos a todos con dictaduras. El índice estándar de libertad de prensa lo compila el personal de Freedom House, que valora cada país sobre una escala de 3 puntos: «libre», «bastante libre» o «no libre». Otros factores sociales pueden juzgarse por las escalas de 4 puntos de las encuestas del Afrobarómetro: «está muy satisfecho, moderadamente satisfecho, no muy satisfecho, no satisfecho en absoluto». Igualmente, en la representación de los grados de diversidad etnolingüística como un número para cada país, los índices de Fragmentación Etnolingüística en los que se apoya el equipo de Collier inevitablemente no toman en cuenta las complejidades del contexto histórico y social. Por ejemplo, ¿cómo debería sopesarse la diversidad étnica y de lenguajes maternos de Tanzania con su *lingua franca swahili*? Hay más dudas en cuanto a si los grupos étnicos enumerados en estos índices (creados a partir de los estudios etnográficos soviéticos de la década de 1980) reflejan cuáles son las lealtades de la población en la actualidad. En su aplicación aquí, el papel de la etnicidad permanece sin teorizar y no se nos ofrece ninguna explicación de *por qué* debería ser importante.

En el trabajo de Collier, si la etnicidad se invoca constantemente, la clase no aparece por ninguna parte. No hay ningún reconocimiento de las formas particulares de capitalismo que se han desarrollado en África, ni de las formaciones de clase que han producido; tampoco, y ello es más importante, de cómo pueden interactuar la etnia y la clase. Igualmente llamativo resulta que todas las variables de Collier sean internas: por ejemplo, PIB, recursos naturales, «gobernanza»; los factores externos –intervención extranjera, precios globales de las materias primas, fluctuaciones del tipo de cambio del dólar– no se mencionan. Sin embargo, son precisamente estas diferencias en las así llamadas «variables explicativas» las que necesitan ser explicadas. La cuestión queda irónicamente ilustrada en *Wars, Guns and Votes* cuando Collier proporciona una breve reseña del desarrollo de Costa de Marfil, en el que el Estado colonial francés, el FMI, el Banco Mundial, el Tesoro y las fuerzas armadas francesas desempeñaron papeles determinantes en cada momento decisivo. Otro ejemplo es su comparación de Botsuana y Nigeria como dos sociedades ricas en recursos y étnicamente diversas: Collier «llega a la conclusión» de que Botsuana experimentó un crecimiento mayor porque su sistema electoral estaba sometido a «controles y contrapesos» –hasta tal punto que todas las elecciones las ha ganado el mismo partido–, mientras que Nigeria tiene unas restricciones políticas relativamente débiles. De hecho, Botsuana se halla dominada por un único grupo étnico, los tsuana, que comprende el 79 por 100 de la población (su dominación sugiere, de acuerdo con otra de las «conclusiones» de Collier, que el país debe ser proclive al conflicto). El

estatuto peculiar de Botsuana como Territorio del Alto Comisionado, rodeado por Sudáfrica, que controla su comercio de diamantes, está excluido del análisis.

Como ha señalado Christopher Cramer en su artículo de *World Development*, «Homo Economicus Goes to War», la debilidad de las series de datos se agrava cuando se utilizan, como tan a menudo hace Collier, como representaciones de alguna otra variable. Así, los coeficientes de Gini se presentan como cuantificaciones de los niveles de agravio de los rebeldes o representan los motivos de autopreservación de las elites. Las cifras sobre la fragmentación etnolingüística se utilizan como medida de los costes de coordinación de los rebeldes; la preponderancia de materias primas en el PIB de un país se considera una representación de bienes saqueables y, por ello, como «codicia» e incentivo para la guerra civil. Sin embargo, claramente la coca en Colombia, el opio en Afganistán, el petróleo en Nigeria o los diamantes en Angola han desempeñado unas funciones muy diferentes en los respectivos conflictos civiles. Como señala Cramer, desde hace mucho los practicantes de los modelos econométricos predominantes han advertido contra el «abuso institucionalizado» de ciertas técnicas: la priorización arbitraria de variables concretas, la debilidad empírica de los datos y la amplia aplicación de representaciones; cuando esto es así, la evaluación por sus pares no ofrece salvaguarda alguna.

Los problemas metodológicos se muestran quizá más acusados en el análisis econométrico de la rebelión y la guerra civil. Los modelos empleados tienden a implicar a dos partes y a tratar la «guerra civil» como un fenómeno aislado en vez de un fenómeno en el que se solapan los conflictos. Sin embargo, históricamente, estos conflictos han sido inmensamente complejos: en Angola, por ejemplo, el conflicto empezó como una lucha anticolonial contra los portugueses, se vio sobredeterminado por las rivalidades de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, con Sudáfrica y Cuba desempeñando papeles clave, y se prolongó en la década de 1990 por el apoyo extranjero a Savimbi. El trabajo de Collier en esta área ha ignorado notablemente la cuestión de la intervención exterior, de las agresiones del Estado o de las relaciones sociales coercitivas, concentrándose en vez de ello en las motivaciones de los rebeldes entendidas sobre bases de elección racional. Mientras que investigadores anteriores habían analizado esto en términos de «agravios» —deducidos del procesamiento numérico de los índices de crecimiento del PIB de un país, el dato del coeficiente de Gini, el alcance de la represión política y el grado de la fragmentación etnolingüística—, Collier y su compañera de investigación Anke Hoeffler sostuvieron que «la codicia» era una fuerza movilizadora más importante. Procedieron a establecer cifras de «codicia» combinando la participación de las materias primas en las exportaciones globales, la proporción de varones jóvenes en la población y los niveles nacionales de educación.

En *Wars, Guns and Votes*, Collier ha abandonado la codicia y las explicaciones «motivacionales» en general, en favor de una «hipótesis de viabili-

dad» de la rebelión: las poblaciones de países pobres se rebelarán si ello es viable. Claramente, la presencia en el país de la fuerza militar internacional que Collier está pidiendo, es estadísticamente probable que haga descender los niveles de viabilidad, aun cuando históricamente las fuerzas extranjeras hayan provocado resistencia. Pero de nuevo las variables escogidas por Collier excluyen arbitrariamente factores externos esenciales de las guerras civiles africanas. La financiación de Estados Unidos había sostenido la cleptocrática dictadura de Mobutu durante tres décadas; su abrupto derrocamiento al final de la Guerra Fría fue un factor crucial que precipitó los conflictos que se produjeron en Zaire/República Democrática del Congo. Los efectos de contagio regional o los acusados descensos de los niveles de vida como resultado de las políticas impuestas por el FMI han sido frecuentes catalizadores de conflictos; ninguno de estos factores aparece en las explicaciones de Collier.

Quizá la objeción más importante a la actual práctica econométrica es que descansa en supuestos previos e hipótesis *post-hoc* que sistemáticamente no se examinan. Ahora, el último modelo de teoría del desarrollo se centra, en primer lugar, en movilizar un ejército de investigadores para reducir un fenómeno social complejo a series de datos cuantificables y comparables; el propio proceso de reducción en sí mismo normalmente implica juicios de valor que apenas se cuestionan; y, segundo, en los propios modelos. Los supuestos teóricos que sostienen el «salto hipotético» entre el resultado estadístico y la explicación final que da el investigador reciben menos atención crítica. Al principio del proceso, los determinantes sociales, históricos y políticos han sido reducidos a un conjunto de números. En su punto final regresan, en forma incorpórea, o incrustados solamente en el sentido común –la ideología– y en los presupuestos del investigador. Si trata de hacer un trabajo útil, la econometría debe reorganizar su lugar como un conjunto de instrumentos de rango inferior que pueden generar correlaciones o discrepancias, y cuyas dilucidaciones exigen formas de investigación con mayor riqueza teórica y mayor desarrollo conceptual y empírico.

El trabajo de Collier no está basado en ninguna teoría del desarrollo explícita y general o en perspectiva histórica alguna que pueda confirmar una; tampoco ofrece ningún análisis social. Hay una implícita teoría del comportamiento humano que es radicalmente reduccionista: reglas económicas del individuo que busca su interés. Desde esta perspectiva, la historia aparece como un continuo «de la realidad del siglo xiv: guerra civil, epidemias e ignorancia». Pero estos países tuvieron su propio siglo xiv y ahora se encuentran en el xxi, desempeñando un papel claramente subordinado en el capitalismo global. Ninguna interpretación de cómo han llegado ahí puede ignorar el impacto de la colonización. En los modelos de Collier, la historia colonial se reduce a dos números: uno representa el poder colonial –Gran Bretaña, Francia, Portugal, Bélgica, Alemania– y el otro, la duración del periodo colonial del país. La identidad de la potencia colonizadora influye sobre el sistema legal de la ex colonia, sobre

su organización educativa, sobre su *lingua franca* e instituciones financieras; pero no nos dice nada del sistema precolonial, de los diferentes procesos por los que la potencia europea hizo las paces con los dirigentes locales; tampoco sobre la finalización del dominio colonial y el grado en que las rupturas o continuidades determinaron la naturaleza del Estado ex colonial. Semejantes consideraciones ayudan a conformar una explicación más rica de cómo se ha desarrollado el país, y proporcionan un marco explicativo más profundo de las guerras civiles, de los conflictos sociales o de las formas institucionales, que son cuestiones sociales y políticas no meramente estadísticas.

Resulta engañoso ofrecer un panorama de índices de crecimiento endémicamente bajos en el África subsahariana o en los demás países de los «1.000 millones del vagón de cola». Durante la década de 1960 y comienzos de la siguiente, los índices de crecimiento de África fueron comparables a los del Asia sudoriental o América Latina. Fue un periodo de industrialización basado en la sustitución de importaciones, que conoció mejoras en la gestión económica; esto pudo haber permitido a diversos países sacar provecho de los mercados de exportación. Las sequías de comienzos de la década de 1970 fueron un auténtico golpe al transformar la autosuficiencia alimentaria en importación de alimentos; la mayor parte de las economías africanas se vieron gravemente afectadas por las subidas del precio del petróleo y todavía más por la subida de los tipos de interés a partir de 1979. Sin embargo, una posible rehabilitación industrial quedó paralizada, a comienzos de la década de 1980, por la oposición del Banco Mundial y del FMI a la industrialización por sustitución de las importaciones (ISI) en favor de la promoción de las materias primas y de la «adecuación de precios». Collier no dice que los países africanos se vieron obligados a continuar con las exportaciones de materias primas como consecuencia de los condicionantes del Banco Mundial; como se puede ver, estos aspectos no están incluidos en la lista de variables explicativas. Sobre el comercio, Collier toma el camino conocido, criticando las barreras que los países ricos ponen a las exportaciones de los «1.000 millones del vagón de cola», pero también, y con mucho más fervor, las tarifas establecidas por los países en vías de desarrollo. En su versión, África simplemente «perdió el barco» en la década de 1980 y cedió los mercados globales a Asia; solamente Isla Mauricio —difícilmente un típico país africano, si es que es realmente africano— se las arregló para «subir a bordo». Sin embargo, no fueron sólo los bajos salarios los que, a partir de la década de 1960, atrajeron la inversión hacia los tigres asiáticos, sino los niveles educativos de la población y el trabajo cualificado. Aquí de nuevo, una explicación históricamente fundamentada de las estructuras sociales coloniales y pos-coloniales debe ser un elemento de cualquier explicación satisfactoria.

Actualmente, las instituciones internacionales han vuelto a cambiar su manera de pensar: el hecho de que los gobiernos de África que son ricos en recursos asignaran equivocadamente las ganancias inesperadas de las subidas de precios de las materias primas, para luego sufrir por sus caídas,

ha llevado a la creencia de que la estrategia apropiada es la diversificación a partir de las materias primas. Obviamente siempre lo fue y por eso los países perseguían la sustitución de importaciones. Que lo hicieran mal, a diferencia de Asia oriental, cuya capacidad para insertarse en los mercados mundiales fue precisamente consecuencia de una industrialización por sustitución de las importaciones anterior, no significa que la política fuera equivocada entonces, pero sí significa que la estrategia orientada hacia las exportaciones, tras una industrialización por sustitución de las importaciones fracasada, no es probable que tenga éxito ahora. Sin embargo, ésa es la estrategia que Collier presenta. El problema radica en que las materias primas siguen siendo los principales ingresos por exportaciones de los países africanos. Sin una estabilización de estos ingresos —o mejor, sin un aumento— no pueden acumular a corto plazo recursos para la diversificación. El argumento de Collier también depende de un sustancial factor «de arrastre», pero esto niega la evidencia histórica de que los polos de desarrollo no han «arrastrado» a los países vecinos, ni incluso a las áreas más pobres del mismo país.

La interrelación de factores políticos y económicos en el desarrollo africano es enormemente compleja, quizá más compleja que en las largamente estabilizadas sociedades del mundo rico. Cualquier explicación de las razones del «fracaso» de estos gobiernos, si es que ése es el término apropiado, requiere cierta teorización del Estado poscolonial y de las fuerzas que lo sostienen. ¿Hasta qué punto es el capital local y no el extranjero el que domina el Estado, y en interés de quién actúa éste? ¿Qué importancia tienen las organizaciones de trabajadores y campesinos, y hasta qué punto han sido cooptadas por el partido gobernante y por las estructuras del gobierno? ¿Cómo deberíamos entender las manifestaciones contemporáneas de lo que John Saul llamó una vez la «dialéctica de la clase y la tribu»? En el modelo de Collier, los cortes de carreteras y las manifestaciones del MAS en Bolivia serían considerados «violencia política» y, por ello, «malos para el crecimiento». Pero el MAS ha tenido éxito en renegociar los precios que pagan las multinacionales por el gas natural boliviano, y se ha producido un incremento sostenido del crecimiento.

Parte fundamental en la agenda de Collier es la idea de que la globalización puede trabajar a favor de África, en tanto que la «comunidad internacional» esté dispuesta a utilizar su influencia militar y económica para imponer sus políticas preferidas sobre un poco dispuesto conjunto de políticos nativos, con la ayuda de unos «héroes» locales educados en Occidente y de un puñado fresco de zanahorias y palos. Algunos pueden ver las propuestas de Collier menos como un nuevo punto de partida para África que como una nueva versión de un imperialismo demasiado familiar, aunque ahora del tipo «voluntario» que defiende Robert Cooper como más aceptable en un mundo de derechos humanos y valores cosmopolitas. De cualquier forma, con *The Bottom Billion* y *Wars, Guns and Votes* en la mano el argumento intelectual del nuevo imperialismo desarrollista todavía está por elaborar.